

SÓCRATES, XANTHIPPE Y EL PAPEL DEL FILÓSOFO EN LA POLIS

*Recibido: 7 abril 2017 * Aprobado: 21 julio 2017*

HERMINIO SÁNCHEZ DE LA BARQUERA Y ARROYO

UPAEP

herminio.sanchezdelabarquera@upaep.mx

Resumen

Las condiciones de vida de las mujeres en la Grecia antigua no eran uniformes, pues dependían de la ciudad y de la clase social. Tenemos pocas noticias sobre la vida cotidiana de las mujeres; una de las más célebres es Xanthippe, la esposa de Sócrates. Ella trató infructuosamente de obligar a Sócrates a cumplir con sus deberes de padre de familia, pero al parecer lo empujó involuntariamente al ejercicio de la filosofía, es decir, exactamente a aquello que ella no deseaba que su esposo hiciera. La filosofía no solamente era una actividad que Sócrates amaba, sino que este también la veía como una obligación ante la aparición de ciertos síntomas que anunciaban, a su parecer, el fin del señorío ateniense en el mundo de la Hélade.

Palabras clave: Grecia antigua, Poli, Filosofía.

Abstract

The women's lifestyle in Ancient Greece was not based on equality because society relied on the city's rules and the social classes. We have little information about the women's lifestyle. One of the most famous woman is Xanthippe, Socrates wife, who attempted to force him to fulfill his duties as a parent and this, apparently, pushed him to practice philosophy, exactly the thing she did not want him to do. Philosophy was not only an activity that Socrates loved, but also regarded it as an obligation to the appearance of certain symptoms that announced the end of Athenian lordship in the world of Hellas.

Keywords: Ancient Greece, Polis, Philosophy.



En la época de mayor esplendor de la cultura cretense (siglos XVI y XV a.C.), las mujeres gozaban de muchas libertades y realizaban algunas actividades a la par que los hombres, por ejemplo en la *taurocatapsia* (ejercicio de acrobacia, quizá ritual, muy peligroso, que consistía en saltar por encima de un toro salvaje) y en la cacería, aunque hay aún muchas dudas de hasta dónde llegaba su participación en estas dos actividades tradicionalmente masculinas. Por el contrario, 10 siglos después, en Atenas, las mujeres de las familias ricas vivían por lo general separadas de los hombres, no tenían permitido poseer nada y no podían recibir dinero en herencia. Lo que los historiadores aún discuten es si las mujeres en esa ciudad en verdad eran desdeñadas y, si así era el caso, hasta qué grado, o si gozaban de cierta estima como señoras de la casa. Lo que sí es seguro es que casi no tomaban parte en la vida pública y pasaban la mayor parte del tiempo en casa, en donde tenían su propio espacio, el *"gyneikon"*.

Algo diferente ocurría con las mujeres pobres, pues tenían la necesidad de salir a la calle, por ejemplo a vender o a comprar productos en el mercado, a trabajar los campos o a cuidar al ganado. Esto es, las mujeres pobres tomaban más parte en la vida cotidiana de la ciudad y de los pueblos que sus congéneres ricas, recluidas en sus aposentos. Pero la situación de las mujeres en la Grecia de la Antigüedad no era igual en todos lados, por lo que podemos afirmar que dependía en gran medida de la ciudad en la que vivían y del estrato social al que pertenecieran.

En Esparta, la vida de las mujeres era "atípica" para esa época. Las espartanas, aunque llevaban una vida dura y exigente, como madres de guerreros, ciertamente tenían más derechos y libertades que las mujeres de Atenas o de otras ciudades-estado (*poleis*) griegas contemporáneas. No era común en la Grecia antigua que las mujeres y los hombres disfrutasen de tanta igualdad como en Esparta. En esta ciudad de cultura militar, las mujeres se entrenaban en diversas disciplinas deportivas para fortalecer su cuerpo y su espíritu y así poder después dar a luz a niños sanos y vigorosos, aptos para la guerra; para casarse lo que valía era el consentimiento de ambos contrayentes y no la voluntad o el interés de las familias, y las mujeres no aportaban una dote al matrimonio.

Sin embargo, no tenemos muchas fuentes para saber con profundidad cómo era la vida de las mujeres en la Grecia antigua, sobre todo de las clases sociales más pobres. A veces lo que sabemos es por leyendas o relatos de algunos autores, cuyos datos no podemos siempre corroborar. Uno de los casos más célebres que ilustran esto es la historia de la esposa de Sócrates, Xanthippe (quien probablemente nació hacia el 430 a.C.); de ella sabemos algo gracias a Jenofonte (c. 431-354 d.C.) en sus *"Memorabilia"* y a Platón (c. 427-347 a.C.), este último en su diálogo *"Phaidon"* ("Fedón"). Otras mujeres muy conocidas en aquella época, contemporáneas de Xanthippe, son Aspasia (470-420 a.C.), esposa de Pericles (490-429 a.C.), y la vidente Diotima, de quien ignoramos los datos biográficos más elementales.

Sócrates –lo sabemos todos- es uno de los filósofos más importantes en la historia de la cultura. Para fines prácticos, el estudio de la filosofía de la Antigüedad se divide en un “antes” y en un “después” de él. Su figura es célebre y lo encontramos como protagonista de los “Diálogos” de su también discípulo Platón (427-347 a. C.). Pero si hemos de creer a testigos e informantes, contemporáneos suyos, el trato con él no era precisamente fácil. Y para demostrarlo, preguntémosle primero a Xanthippe, su mujer, de quien afirmó Friedrich Nietzsche (1844-1900) en su libro “Humano, demasiado humano” (*Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister*): “Sócrates encontró a una mujer como la que necesitaba... En efecto, Xanthippe lo empujó cada vez más a su profesión”. Esto es cierto, pero lo que el filósofo alemán no menciona con estas palabras es que Xanthippe logró exactamente el efecto contrario al que en realidad buscaba. Y es que ella trató todo el tiempo, infructuosamente, de mover a su esposo a vivir como una persona “normal”, como un padre de familia responsable que gana el sustento para los suyos, ejerciendo el oficio de cantero que aprendió de su padre, en lugar de deambular rodeado de sus discípulos y “amigotes”. Llegó incluso Xanthippe en alguna ocasión a arrojarle desde una ventana un balde de agua sucia y a seguirlo furiosa hasta el mercado para arrancarle frente a todos la ropa, furiosa de verlo sin trabajar, perdiendo el tiempo “filosofando”. Pero por lo que sabemos, frente al enojo de los amigos, testigos de tales afrentas, Sócrates no perdía la serenidad y la paciencia. Así, cuentan que después de recibir el baño de agua sucia, se limitó a decir: “¿No decía yo que Xanthippe, cuando truena, también concede la lluvia?” Además, afirmaba con todo convencimiento que la relación con su esposa tenía su lado bueno, pues el que la aguantara sería capaz de lidiar con cualquier otra persona. Posiblemente esta difícil relación matrimonial lo llevó a contestarle a un hombre, quien le había pedido su opinión acerca de si debía casarse o no: “Hagas lo que hagas, te vas a arrepentir”.

Por supuesto que lo único que logró la fiera Xanthippe fue orillar a su sufrido marido a abandonar constantemente el hogar para buscar cuanto antes a alguien con quien entablar con toda paz y tranquilidad conversaciones filosóficas. Por eso se puede afirmar que en gran medida llegó Sócrates a ser lo que es gracias a su esposa. En lugar de dedicarse a una actividad productiva para su familia, o a ser un filósofo “hogareño”, se desempeñaba nuestro filósofo en la plaza pública, es decir, en el lugar al que se le daba más validez en la Atenas de su tiempo. ¡Pobre Xanthippe! Buscó impedir a su cónyuge el camino a la filosofía y acabó empujándolo a él. De ahí que Nietzsche afirmara que ella lo adentró cada vez más en el oficio de filósofo en tanto que le hacía el hogar inhabitable. Sin embargo, no es difícil pensar que quienes nos transmitieron esta imagen un tanto feroz de la esposa del filósofo quizá lo que querían resaltar eran la mesura, la ecuanimidad y la serenidad de Sócrates ante las rabietas de su mujer. Aunque si pensamos que muy posiblemente ella provenía de una familia de mejor situación económica que Sócrates, quizá haya habido algo de cierto en el trato brusco y en el enojo de Xanthippe.

Pero, ¿por qué afirmábamos más arriba que Sócrates era de trato no muy fácil, de hecho, si hemos de creer a testigos presenciales, de trato con frecuencia incómodo? ¿Qué hacía en la plaza pública, en mercados y gimnasios? Al parecer nada, como un verdadero ocioso, paseando por todos lados y entablando, con el que se dejara, conversaciones inútiles, a los ojos de muchos. Inútiles, en todo caso, si los consideramos desde el punto de vista de su familia, puesto que casi no llevaba dinero a la casa, donde lo esperaban esposa e hijos. Llegó incluso a dejar de usar sandalias, pues ni para eso tenía; no nos extrañe entonces que el gran Aristófanes (444-380 a. C.) lo represente en el teatro haciéndolo aparecer descalzo, lo que arrancaba la risa del público. Obviamente podía andar como quisiera, la objeción era que tenía familia, a la que descuidaba a ojos vistas. Son famosas sus palabras en cierta ocasión en el mercado, viendo la cantidad enorme de artículos que ahí se ofrecían: “¡Cuán numerosas son las cosas que no necesito!”, o aquellas otras: “El que menos necesita, está más cerca de los dioses”. Y ya que mencionamos al gran escritor satírico Aristófanes, recordemos que incluso le “dedica” una de sus obras, pues no se contaba precisamente entre los adeptos al hoy célebre filósofo. En efecto: “Las nubes”, escrita en el 423, es una sátira feroz contra Sócrates, puesto que Aristófanes, de pensamiento conservador, consideraba que los agudos comentarios del filósofo eran contrarios a los intereses de la *polis*.

No obstante todo lo anterior, no estamos ante un auténtico ocioso, de esos que se levantan tardísimo y no hacen absolutamente nada. No: él practicaba asiduamente deporte, tenía una fuerte complexión física y era un excelente guerrero, demostrando una excepcional capacidad para resistir durísimas condiciones en las campañas militares, pues a la fortaleza y al temple unía un gran valor y un acendrado espíritu del cumplimiento del deber.

Recordemos que nuestro filósofo vivió en la Atenas de Pericles, en la Atenas clásica, la que había sido saqueada y quemada por los persas en el 480 a. C., a la postre derrotados ese mismo año en la batalla de Salamina. Nació Sócrates en el 469/470 y murió en el 399 antes de Cristo. Las ideas que dominan la vida y el pensamiento atenienses en esa época son el humanismo, el idealismo y el racionalismo. En efecto, Protágoras –otro gran contemporáneo de Sócrates, pues vivió del 485 al 411- había dicho: “El hombre es la medida de todas las cosas”, mientras que Sófocles (496-406), el afamado dramaturgo, decía: “Muchas son las maravillas del mundo, pero ninguna como el hombre”. Así, el griego se tomó a sí mismo como patrón y modelo, de ahí que sus dioses sean tan “humanos”, pues a pesar de ser perfectos e inmortales, de vivir en igualdad de condiciones dioses y diosas, de no padecer enfermedad alguna, son víctimas de las mismas pasiones, arrebatos y ambiciones que encontramos también en los simples mortales. Cada uno de estos dioses representa algún ideal humano, como por ejemplo Zeus, quien personifica la potencia creadora masculina; Hera es la feminidad materna (y, de manera involuntaria, los celos), Atenea es la sabiduría y el valor y además es la protectora de Atenas; Apolo es

el esplendor de la juventud, entre otras cosas, y así los demás dioses, semidioses y héroes del panteón helénico.

Aquí se refleja perfectamente la pasión central de los griegos: el Hombre, sus relaciones sociales, sus características, su posición en el cosmos, en la polis, a la que había que servir en todo lo necesario. Basta con recordar que Sócrates, Sófocles y Esquilo fueron ciudadanos ejemplares, que no sólo dieron lustre a la vida intelectual de su *polis*, sino que también le sirvieron en la discusión pública en el Ágora y en la plaza, y la defendieron con valentía en el campo de batalla.

El griego trató de aproximarse al estudio del Hombre a partir del análisis del cosmos y de la naturaleza, a diferencia de la Edad Media, quien lo hizo a partir de la reflexión sobre Dios. Por lo mismo, la Antigüedad clásica es “cosmocéntrica”, mientras que el Medioevo es “teocéntrico”. En las artes, por ejemplo, se reflejó la idea humanista al tomarse el cuerpo humano como punto de partida, en un reflejo de la capacidad griega de adaptarse mejor al mundo físico y de disfrutar de él, en contraste con el mundo paleocristiano y medieval de épocas posteriores. La perfección buscada en el cuerpo humano los llevó a ejercitarse arduamente en el gimnasio, sin descuidar, empero, el aspecto intelectual: “Mente sana en cuerpo sano”, y también a centrar la atención de los escultores en el estudio de la anatomía para poder representar con mayor acabamiento el ideal del cuerpo humano. Baste con recordar al *Doríforo* (joven portando una lanza), escultura atribuida a Policleto (c. 450-420 a. C.), culmen de la idea de la belleza masculina, o el famoso *Discóbolo* de Mirón (490-430). Así, el siglo V, el siglo de Sócrates, es la época en la que la representación artística del cuerpo desnudo masculino alcanza su punto culminante. El siglo siguiente, el IV, le concederá al cuerpo desnudo femenino atención similar.

El idealismo se refleja en el hecho de que el griego no buscó representar a las cosas como las capta el ojo, sino como los concibe la mente, buscando la abstracción, moviéndose en el mundo de las esencias, seleccionando las características ideales de las cosas. El idealismo trasciende las limitaciones físicas, busca la perfección y se centra en la imagen mental.

Aunque el idealismo caracteriza al mundo griego clásico, también encontramos la vertiente realista, como en el caso de algunas esculturas de Mirón. En cambio, hablando de acuerdo con Sócrates, el extravagante pintor Parrasio de Éfeso (fl. 440-380) afirmaba que, puesto que era imposible encontrar la perfección en un solo modelo humano, era necesario combinar los más bellos detalles de varios de ellos y así contribuir a que la figura acabada y completa pareciera bella.

En los diálogos de Platón encontramos con frecuencia la discusión acerca de lo ideal, del idealismo. A guisa de ejemplo, leemos en la “República” una serie de reflexiones sobre una *polis* ideal. Incluso la música se mueve en el mundo ideal, puesto que se funda en relaciones matemáticas perfectas; además, existe una “música de las esferas”, es decir,

una música que se produce por el movimiento y armonía de planetas, estrellas y demás cuerpos celestes, y que sólo le está dado poder escuchar a los dioses y a unos cuantos elegidos (como a Pitágoras, diría más tarde la tradición).

La sociedad griega también se movió en el mundo del racionalismo. Anaxágoras (500-428) estaba convencido de que la mente tiene poder sobre todas las cosas vivas, idea que su discípulo Sócrates aceptó y desarrolló, pidiendo a su vez a sus discípulos buscar y amar profundamente a la verdad, ideal que es un fin en sí mismo. De esta manera tenemos que la Atenas clásica persiguió principios éticos tales como el valor, la justicia, la temperancia y la sabiduría, virtud esta última producto del libre ejercicio de las facultades racionales del hombre. Dichas facultades fueron consideradas paulatinamente como la fundamental diferencia entre el Hombre y los animales, de tal modo que, ya en la Antigüedad tardía (aprox. en el 500 d.C.), Boecio afirmará: "Persona es la substancia individual de naturaleza racional".

Pero volvamos nuevamente a la pregunta formulada arriba: ¿por qué era Sócrates de trato difícil? Para situarnos en el contexto de la actividad "interrogativa" de este filósofo, diremos que el oráculo de Delfos había dicho que Sócrates era el más sabio de todos los Hombres. En un principio, nuestro personaje tomó estas palabras con marcada desconfianza, por lo que se dio a la tarea de tratar de refutar lo que el oráculo había revelado. Es por eso que salía a la calle en búsqueda de alguna persona, de un peatón, con quien comenzaba a conversar, no importándole de quién se tratara, pues lo que Sócrates buscaba era cosa de todos. Él suponía que todo hombre sabía algo de sí mismo o de las cosas que hacía, y al parecer todas las personas suponían lo mismo. Sin embargo, una vez comenzada la plática, no tardaba Sócrates en demostrarle a su interlocutor, por medio de la ironía y de la dialéctica, que en realidad no sabía nada de nada: ni de sí mismo ni mucho menos de lo que hacía. Esto era para la gente muy desagradable, pues a nadie le gusta que le demuestren que no sabe nada absolutamente de lo que habla y que ni siquiera se conoce a sí mismo. La conclusión de Sócrates: él pensaba que las personas se conocían y sabían de que hablaban, pero al parecer esto no es así. Él, Sócrates, no sabía nada, al igual que los demás, pero en algo se distinguía de ellos: por lo menos él sabía que no sabía, mientras que los demás ni siquiera eso sabían. Así, sin quererlo y en un principio sin creerlo, Sócrates era el más sabio de todos, pues sabía de su ignorancia y la admitía. Su famosa frase "Yo sólo sé que no sé nada" se inscribe en este contexto; los demás ignoran inclusive este hecho, es decir, el hecho de que no saben.

Ahora nos explicamos el porqué de la molestia de los atenienses, pues no les parecía que un filósofo "ocioso" les recordase de manera irónica e irrefutable, en lugares públicos, que en realidad eran unos charlatanes, puesto que hablaban de cosas de las que no sabían y, además, ni siquiera se conocían a sí mismos. Su exigencia *Gnothi seauton* ("Conócete a ti mismo") es por lo tanto explicable y razonable.

Únicamente algunos jóvenes nobles le seguían con admiración y respeto; en ocasiones, algunos ciudadanos molestos llegaban a las manos y trataban al “filósofo incómodo” de manera brusca y grosera, zarandeándolo, riéndose de él, etc. En las obras de teatro, como ya comentamos, también se hacía mofa de él y de sus acompañantes, “ociosos” como él.

Tristemente, sus conciudadanos no lo comprendieron, pues lo que movía a Sócrates no era el exhibir a los demás, lo que lo movía era la búsqueda de la verdad. Eso lo expresa claramente en su discurso de defensa -se le acusó de pervertir a la juventud y de hacer peligrar la religión-: mientras él respire y esté en condiciones de hacerlo, no dejará de filosofar, exhortando y descubriendo a sus conciudadanos, pues es una lástima que todos ellos, habitantes de la gran Atenas, solamente se preocupen por el dinero, el poder y la gloria, pero olviden las virtudes que son las verdaderamente valiosas, y no se preocupen tampoco por la verdad; es decir, desdeñan lo que realmente hace bien al alma. La vida merece vivirse sólo si va acompañada del cultivo de las virtudes. Esto nos permite distinguir lo bueno de lo malo, la valentía de la cobardía, etc. A él le interesaba que los hombres, al hablar con él, se dieran cuenta de qué son y de qué necesitan, de cómo se deben conducir para ser hombres de verdad. Si a esto le agregamos que empiezan a distinguirse en Atenas algunos signos de decadencia, tendremos el cuadro completo: Sócrates no puede quedarse con los brazos cruzados viendo la lenta caída de su ciudad: ya no se gobierna según las buenas costumbres y según las virtudes de la justicia, de la templanza, de la ética, de la verdad; las leyes se desprecian y no hay respeto por los valores verdaderamente humanos. Por eso es que el filósofo “ocioso” no es tal: él ve en su labor de todos los días en la calle y en la plaza pública una respuesta a su vocación, una tarea al servicio de su polis, de su amada Atenas, la de las amplias calles.

Su espíritu de servicio, del deber y de sacrificio se radicaliza al pronunciarse la sentencia de muerte en su contra, acusado de pervertir a la juventud: al ofrecerle sus amigos la posibilidad de la fuga, él la rechaza terminantemente, con el argumento de que él, quien siempre se dedicó a proclamar el respeto a la ley y a luchar por el bien de su ciudad, no podría ahora, cuando la ley se le vuelve algo desagradable y contra él, simplemente ignorarla y desobedecerla; la ley rige siempre, no importa que ayer nos haya beneficiado y ahora nos perjudique. Actuar en contra de la ley no es digno del buen ciudadano, sino que es algo vergonzoso.

La idea socrática de la verdad y de su búsqueda fue producto de un esfuerzo humano, por aplicación de principios racionales, dialécticos. Los principios que encontramos en Atenas no les fueron llevados por algún dios, sino que ellos los encontraron siguiendo pasos estéticos, dialécticos y éticos. La excelencia política de Atenas ha sido ejemplo de referencia en toda la historia posterior del Hombre. Sócrates pudo ver, no obstante, signos claros que anunciaban el principio del fin y vio su vocación en llamar la atención de sus conciudadanos, aún a tiempo para evitar el desastre. La mejor forma de predicar es

hacerlo con el ejemplo, y en eso nuestro filósofo se distinguió sobremanera. Si filosofía es amor a la sabiduría, este amor tiene que ser siempre, no nada más cuando nos conviene.

Sócrates personifica por lo tanto la incondicional obligación de respetar siempre la ley y la justicia, pues esto está anclado en el corazón del Hombre. Por la verdad, por la justicia, él da testimonio hasta la muerte, obedece hasta el extremo de morir la muerte terrible y dolorosa de la cicuta. Él mismo lo expresa diciendo que, cuando se acepta ocupar un puesto con pleno convencimiento de que esto es lo correcto, tiene uno que enfrentar todos los peligros, incluso la muerte y otras consecuencias, a excepción de la vergüenza. Él tuvo que ocupar, por vocación y por mandato de los dioses, el puesto de filósofo, plenamente convencido de sus deberes y obligaciones. Su tarea es filosofar, es decir, buscar la verdad para sí y para todos; su tarea es probarse a sí mismo y probar a los demás, para estar conscientes de necesidades, limitaciones, obligaciones, vocación y destino. Y termina así, con pleno convencimiento, su discurso de defensa, una vez que conoce el veredicto de muerte: "Ahora es tiempo de partir: en mi caso, para morir, en el de vosotros, para vivir. Quién de nosotros enfrenta ahora un mejor destino es algo que sólo está dado conocer al dios." Su esposa, aunque no haya estado de acuerdo con la tarea filosófica de Sócrates o no la haya comprendido quizá, lo acompañó siempre en su infortunio, hasta el último momento.

Como podemos darnos cuenta, las enseñanzas de Sócrates son de gran actualidad. El conocernos a nosotros mismos se revela como algo de evidente validez, no sólo para las personas, sino incluso para las organizaciones. "Conócete a ti mismo" no significa únicamente conocernos y ya, sino conocernos para mejorar, para buscar la verdad, para ser congruentes con la verdad, con las virtudes y con los valores. El conocernos a nosotros mismos ayuda en todos los aspectos de la vida, y en la política con mayor razón. Recordemos que Sócrates -desafortunadamente para Atenas- no se equivocó, y en esto debemos ver una llamada de atención: la corrupción, la desidia, la falta de respeto a la ley, la búsqueda de lo material y el desdén de lo espiritual empujaron a la orgullosa *polis* al desastre. En el año 404 llegó a su fin la supremacía ateniense, al caer la ciudad en manos de Esparta. La Grecia clásica quedaba atrás. De Atenas quedó la gloria nada más en el recuerdo y en los restos de su pasado maravilloso, que aún nos mueven al asombro y a la admiración. Las circunstancias externas y las fallas internas se combinaron para llevar a Atenas al ocaso político y a la pérdida de su independencia. Aun así, su destino glorioso e innegable era perdurar como preceptora de Grecia, de Roma, de la Antigüedad y de toda la civilización occidental cristiana. El gran Eurípides (480-406) lo expresó con galanura en su tragedia "Medea":

"Desde las edades pasadas son afortunados los descendientes de Erecto, hijos de los bienaventurados dioses. Nútrelos preclara sabiduría en país inexpugnable y discurren con pompa en lucidísima

atmósfera, en donde dicen que en un tiempo la blonda Harmonia dio a luz a las castas musas, a las nueve Piérides”.¹

1 Erecteo fue un mítico héroe y rey ateniense, nacido de Ge (la tierra) y de Hefesto, dios del fuego. Las musas son hijas de Zeus y de la diosa de la memoria, Mnemosine; también se las hace hijas de la Armonía (Harmonia). Presidían las artes y las ciencias e inspiraban y protegían a los poetas, músicos y filósofos. Los poetas latinos les llamaban también “Piérides”, ya sea por haber nacido en el monte Piero, o por haber vencido a las hijas de Piero, rey de Macedonia. Harmonia es la diosa griega de la armonía; su equivalente romano es Concordia.